

Flako

**ESA
MALDITA
PARED**

(Memorias de un butronero)



ÍNDICE

PRÓLOGO: APUNTES PARA UNA NOVELA DE ATRACOS	7
DILIGENCIAS PREVIAS	13
PRIMERA PARTE	15
Una infancia feliz	17
Una foto de mi padre	26
Aprendizaje	39
El Driver	58
SEGUNDA PARTE	81
El regreso	83
La cárcel	138
Último atraco	156
MAPA DEL TESORO	193

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2019
SEGUNDA EDICIÓN: enero de 2019

© Flako
© Libros del K.O., S.L.L., 2019
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-17678-02-9
DEPÓSITO LEGAL: M-1015-2019
CÓDIGO IBIC: BM; BTC; FF
CUBIERTA: Artur Galocha
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Ana Doménech y Jessica Casuso
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Las tipografías son League Gothic y Baskerville.

Esta novela está basada en hechos reales. Sin embargo, algunos personajes, nombres y episodios narrados en sus páginas han pasado por el filtro de la ficción.

De Vallekas al cielo.

Gracias a todos los que me apoyaron, confiaron en mí y me ayudaron, que no son pocos.

Gracias a mi familia (madre, hermano, mujer y sobre todo mi hijo).

Y, por último, para ti, y piensa que la vida es infinitamente más bella y limpia si no te persigue nadie.

PRÓLOGO: APUNTES PARA UNA NOVELA DE ATRACOS

Este libro es como otro atraco. Un atraco perfecto.

Tres días después de ingresar en el módulo 1 de la prisión de Soto del Real, la noticia de mi detención salió en prensa y televisión. De mí dijeron algunas barbaridades que sirvieron para que me aplicaran un régimen de primer grado y el FIES (fichero de internos de especial seguimiento). En el módulo de aislamiento la vida era muy distinta a la de un módulo normal. Solo salía cuatro horas a un patio con unas medidas parecidas a las de una pista de pádel. Pasaba muchas horas encerrado sin televisión ni radio, solo con algunos libros que me traían mis familiares, entre ellos un ejemplar del Lute, *Cuando resistir es vencer*, y otro de la familia Corleone de Mario Puzo.

Compré folios y bolígrafos y empecé a escribir todo lo que recordaba de mi infancia. Cuando me aburría leía, cuando me cansaba volvía a escribir, cuando me quedaba en blanco dormía, cuando me levantaba hacía deporte, y así hasta que me dejaban salir cuatro horas al patio y me volvían a encerrar y otra vez volvía a lo mismo. Escribía con rabia.

A veces me dolía tanto la cabeza que después de levantarme y desayunar un asqueroso café volvía a dormirme hasta la hora de la comida. Había días que solo comía manzanas y algún sobre de fiambre de pavo, y bebía mucha agua. Pero, sobre todo, no dejaba de escribir. Alternaba mi infancia con los atracos. Escribía con muchísimas faltas de ortografía, ponía comas donde me parecía y puntos donde no iban..., pero me daba igual, el tiempo lo mataba. Escribía sin pensar en que algún día todo esto pudiera salir a la luz, me desahogaba de una forma brutal e intentaba darle forma a una escritura que no había por donde coger.

A los dos meses de estar en el módulo de aislamiento de Soto del Real me trasladaron a la prisión de Estremera, también al módulo de aislamiento, y ahí seguí escribiendo. Calculo que la mitad de este libro pudo escribirse en el tiempo que estuve aislado.

Ocho meses después, mi mujer, Mariela, me dijo por teléfono que unas personas de una productora se habían puesto en contacto con mi abogada porque querían hacer un documental sobre la banda de las alcanfarillas. Mi mujer desconfiaba de aquellas palabras. Yo también: imaginaba uno de esos programas *fantásticos* de investigación de la tele, con mucho ruido, mucha cámara al hombro y mucha humillación. No, yo no quería que hiciesen leña del árbol caído.

A los pocos días recibí una carta de Elías León Siminiani. Había leído en la prensa sobre mi detención

y quería contar la historia que había detrás del Robin Hood de Vallecas (como me había apodado la prensa). Algo me dijo que ese hombre no iba a perjudicarme, que sus intenciones no eran malas.

Pensé que ese documental podría ser una oportunidad para desahogarme y para rebatir algunas mentiras que había dicho la prensa sobre mí, pero cuando empecé a conocer a Elías comprendí que era algo mucho más serio de lo que imaginaba. Pensé: «Este tren no pasa dos veces en la vida».

Unos días después, Elías me visitó en prisión y pudimos ponernos cara mutuamente. Empezó a fraguarse una amistad que jamás pude imaginar. Elías fue un gran apoyo en toda mi estancia en prisión, me visitaba y nos carteábamos con frecuencia. Me regalaba muchísimos libros de autores que, como yo, habían empezado a escribir en la cárcel: *El enamorado de la Osa Mayor*, de Sergiusz Piasecki; *La educación de un ladrón*, de Edward Bunker. En este último libro me escribió la siguiente dedicatoria:

Este libro habla en profundidad y sin tapujos de sus días de gloria en primera persona. También habla de amistad y de leer en prisión. Y de escribir sin descanso como una vía de redención. Pensé que podría acompañarte en tu proceso de encierro y escritura como preparación a esa vida plena que te espera. Un abrazo. Elías. Madrid, 3 de diciembre de 2015. P. S.: Sobre todo habla de hacer las cosas pensando en un hijo. Algo que, creo, te es muy íntimo.

A veces me ponía a pensar: «Este tío tiene que estar igual de loco que yo, por eso nos entendemos tan bien» y me daba la risa floja. Pasaron dos años y medio hasta que empecé a salir de permiso. En febrero de 2016 Elías y yo nos vimos cara a cara por primera vez y empezamos a rodar *Apuntes para una película de atracos*. Como mi mujer, Mariela, no estaba muy contenta con la idea de la película, aprovechaba las mañanas que tenía que ir a firmar a comisaría para pasar un rato con Elías. Él me recogía en coche y, mientras conducíamos por un Madrid vacío a primera hora de la mañana, yo le iba contando los secretos del oficio de butronero.

Por aquella época, Elías le pasó el manuscrito de mis memorias a una de las editoriales más importantes del planeta. Tiempo después supe que la rechazaron diciendo que la historia no tenía demasiado interés y que, en cualquier caso, solo se plantearían publicarla si podían utilizarme para la promoción. Pero, para entonces, para proteger mi intimidad (y la de mi familia) ya habíamos decidido que mi cara no aparecería en la película: en todas las escenas salgo escondido detrás de una máscara hecha a medida, una máscara blanca como la de *El fantasma de la ópera* o, más bien, como las máscaras de fototerapia antiacné que venden en farmacias (mi editor, Emilio, me mandó el otro día una foto de una de estas por wasap).

Elías no me contó nada del rechazo de la editorial *grande* y siguió moviendo hilos con otra editorial *pequeñita*.

Meses después, en diciembre de 2017, cuando yo ya estaba de tercer grado, Elías me presentó a Emilio Sánchez Mediavilla, de Libros del K.O. Nos sentamos en la mesa redonda junto al gran ventanal de la librería Tipos Infames de Madrid, junto a una pila de libros coronada por *La noche de la pistola*, de David Carr. «Toma —me dijo Emilio—, es de un periodista que investiga su propio pasado: igual te puede servir para escribir sobre el tuyo». Recuerdo que, al otro lado de la ventana, un repartidor se quedó mirando mi máscara extrañado.

Cuatro años y medio antes de conocernos en persona, Emilio presenció la resaca de uno de mis atracos: exactamente el que cometí en la calle Alcalá, 74, el 10 de junio de 2013. Ese día, Emilio salía del metro de Príncipe de Vergara para abrir la caseta de Libros del K.O. en la feria del libro del Retiro y se topó con el operativo policial que intentaba encontrar a unos atracadores que habían robado un banco y habían huido por las cloacas. Cuatro años y medio después, nos sentábamos frente a frente.

Lo demás fue cuestión de tiempo.

Al escribir este prólogo me acuerdo de la bravata que dije, años atrás, en los pasillos de la comisaría de la Policía Judicial —recién detenido, esposado, magullado, con mi mujer en el hospital dando luz a mi hijo sietemesino— cuando el inspector del Grupo XII de la Policía me dijo: «¿Qué dirá tu hijo cuando sepa que le has dejado tirado?».

Yo le respondí que lo invitaría a tomar café cuando escribiera un libro e hicieran una película sobre mí.

Hoy tengo treinta y tres años. Dentro de dos semanas, la película *Apuntes para una película de atracos* se estrena en el Festival de San Sebastián y estoy en tratos para cerrar la edición de este libro. Si estás leyendo estas páginas, será porque lo he conseguido.

Solo me falta invitar al inspector a un café.

DILIGENCIAS PREVIAS

Rtro. Sd. N.º 22 502/XII

Instructor: 81 807

Secretario: 62 298

Hora: 08:00

Fecha: 26 de agosto de 2013

DILIGENCIA INICIAL:

Los componentes del grupo, durante varios días, estudian la sucursal a asaltar, controlando en todo momento el número de empleados de la misma, el horario de entrada de estos, así como sus costumbres. El día del atraco, llegan a la sucursal, a través del alcantarillado público, efectuando un agujero o butrón por el cual dichos individuos acceden normalmente al sótano de la sucursal a asaltar, esperando en su interior la llegada del primer empleado, el cual, una vez entra en la entidad, desconecta la alarma. Teniendo constancia de ello los autores materiales del hecho a través de otro, que observa desde el exterior y les avisa

telefónicamente. Sabiendo que al haber desconectado la alarma, ese primer empleado, y que no va a saltar, salen de su lugar de espera, sorprendiendo al empleado o empleados que se encontraran en la entidad, a los que intimidan con armas de fuego y retienen a la espera de la llegada de los empleados, y de la apertura de los dispositivos de seguridad del banco, para poder hacer el dinero. Posteriormente, abandonan la sucursal por el mismo agujero por el que accedieron, dejando normalmente a los empleados atados, y saliendo a la vía pública, a una distancia lo suficientemente lejana de la entidad, aprovechando la extensa red de alcantarillado, para no ser detectados por los posibles indicativos policiales que hubieran llegado a la sucursal, momentos después de que se tuviera conocimiento del atraco.

PRIMERA PARTE

UNA INFANCIA FELIZ

Una vez leí en un libro: «Hay que aferrarse a nuestros talentos, sean cuales sean».

Mi talento era atracar bancos desde las alcantarillas. En contra de lo que piensa la mayoría de la gente, bajo la ciudad no (solo) hay mierda. En las cloacas están las puertas secretas hacia el oro.

Me gustaba atracar bancos, no te voy a mentir, pero yo estaba encerrado en el calabozo el día en que nació mi hijo, y eso no me lo podré perdonar nunca. A mi padre también le encarcelaron cuando yo era solo un bebé de unas pocas semanas. No sé si alguna vez eso le hizo sentirse culpable. No importa.

Déjame que te cuente mi historia.

Cuando eres un niño de cuatro o cinco años, los mayores intentan quitarte problemas. Te cuentan infinidad de mentiras piadosas para desviar la atención y para que los problemas te afecten lo menos posible. También se inventan veintiocho mil triquiñuelas para que puedas ser lo más feliz posible a lo largo de tu vida.

A veces lo consiguen y otras no.

Nunca tuve un recuerdo de mis padres como matrimonio. Únicamente algunos álbumes y las fotos de boda. Un recuerdo que nunca olvidaré fue cuando mi madre me llevó a un edificio alto y grande con muchas escaleras donde la gente vestía de traje, muy elegante. Más adelante supe que eran los juzgados de plaza de Castilla. Había miles de habitaciones donde no paraba de entrar y salir gente. En una de esas salas había una mujer sentada muy seria. Entró primero mi madre. Luego yo. Luego mi padre. Al rato entraba yo con uno de mis padres. Luego con el otro que no había entrado antes. La mujer nos hacía preguntas. No recuerdo con exactitud qué preguntaba, pero algo así como que qué hacía con cada uno de mis padres cuando estaba con ellos y cosas así. El momento clave fue cuando me preguntaron que con quién quería vivir.

¿Cómo un niño de cuatro o cinco años iba a elegir con qué padre quería vivir?

Entre los seis y los ocho años, los fines de semana que me tocaba con mi padre íbamos a casa de mi tía Saso y mi abuela. Jugaba con mis primas y me divertía. Algunos fines de semana mi padre me llevaba al campo del Rayo Vallecano a ver el partido —me quedaba flipado con los colores: la camiseta blanca, la raya roja, el césped verde, los árbitros de negro— o a las verbenas de los barrios de Madrid. Otras veces íbamos al Retiro y hacíamos carreras de tortugas o montábamos en las

barcas y pescábamos medio a escondidas, con un palo y un sedal con anzuelo.

De aquella época hay algunos detalles que recuerdo con mucha exactitud.

Recuerdo ir en furgoneta con mi padre a una zona céntrica y aparcar en una especie de explanada de arena en la calle Barceló, enfrente de la discoteca Pachá, donde ahora está el mercado. Mi padre se bajó de la furgoneta con una bolsa blanca en la que llevaba unos bocadillos y unos refrescos, y yo me quedé dentro jugando con la Game Boy. Al cabo de diez minutos regresó sin la bolsa. Muchos años después descubrí qué había hecho con esa bolsa.

Por esa época, recuerdo que mi padre tenía una novia mulata. Años después, mientras vigilábamos un banco que queríamos expropiar, mi padre me contaría la verdadera historia de esa relación: la conoció en un puticlub de Arganda del Rey, donde estaba retenida en contra de su voluntad. Esa misma noche, cuando ya estaba a punto de cerrar el club, mi padre hizo un *pasmafull* (como llamaba él a hacerse pasar por policía) y le pidió al encargado que le enseñara la documentación de todas las señoritas. Con el pasaporte en la mano, la mulata se fue con mi padre y empezaron una relación que duraría varios meses. Pasó con nosotros un verano en el río Alberche, donde los amigos de mi padre instalaban las tiendas de campaña. La recuerdo a ella, mucho más joven que mi padre, colocando las colchonetas dentro de la tienda.